

Urbanización y constitución de las zonas de pobreza en el área metropolitana de Monterrey (AMM), Nuevo León, México

Raúl Eduardo López Estrada*

Resumen

Este ensayo se propone contribuir al conocimiento de los procesos de desarrollo de la pobreza urbana. Su objetivo es el examen del trayecto que se siguió en la constitución de zonas de pobreza en el área metropolitana de Monterrey (AMM), México. Tomando como base fuentes oficiales del gobierno mexicano y documentos académicos sobre el tema, se intentó una sistematización y organización del conocimiento acerca de la pobreza en esta ciudad y, al mismo tiempo, la identificación de los elementos subyacentes a este proceso. En la conclusión se destaca que, en Monterrey, la pobreza en sus primeras etapas se relacionó principalmente con la migración rural, en donde la mayoría de la población no pudo acceder al empleo en un proceso industrial en crecimiento, ubicándose en puestos bajos del sector servicios. Esto se debió a que gran parte de los migrantes provenía de ámbitos de socialización diferentes, situación que motivó una inserción desventajosa en la urbanización. En muchos casos, estas personas lograron acceder a empleos formales y a la movilidad social, sin embargo, muchos de ellos aún permanecen en una situación de desigualdad social. Asimismo, se subraya que Monterrey se ha transformado, no obstante que todavía mantiene a una gran parte de su población en condiciones de pobreza, caracterizada en el momento actual por una menor capacidad de empleo e insuficiencia para mejorar las remuneraciones reales de los trabajadores —bajos salarios, mayor duración de jornadas laborales, reducción o la eliminación de prestaciones regidas por la Ley Federal del Trabajo—. También es importante mencionar que en algunos casos se observa mayor oferta laboral, pero con bajo salario y la pérdida del poder adquisitivo.

Abstract

This work aims to contribute to understand the development processes in urban poverty. Its objective is to examine the route followed in the formation of zones of poverty in the metropolitan area of Monterrey, Mexico. On the basis of official sources of the Mexican Government and academic research on the subject, attempts were made to a systematization and organization of knowledge about poverty in this city and at the same time identify the underlying elements to this process. In conclusion highlights that in Monterrey poverty was related to rural migration, where the majority of the population could not access employment in an industrial process in growth, placing in positions low in the sector services. This was due to much of migrants came from different place of socialization,

* *Profesor en la Subdirección de Postgrado de la Facultad de Trabajo Social y Desarrollo Humano de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Correo electrónico: raul.lopezes@uanl.edu.mx*

situation which led to a disadvantageous inclusion in the urbanization. In many cases these people were able to gain access to formal employment and social mobility, however many of them yet they remain in a situation of social inequality. This article also emphasizes that Monterrey has had an important social and economical change, but it still keeps a large part of its population in poverty, characterized at present, by the diminished ability of employment and reduced capacity to improve the real wages of workers (low wages, longer working hours, reduction or elimination of benefits governed by the Federal Labour Act). So it is also important to mention that in some cases is observed increased labor supply, but with low wages and loss of purchasing power.

Palabras clave/ Key words:

Pobreza urbana, migración rural, transformación socioeconómica, Monterrey, México. / Urban poverty, rural migration, socio-economic transformation, Monterrey, Mexico.

Introducción

Los esfuerzos analíticos desplegados en torno a las poblaciones pobres que habitan las zonas urbanas han permeado gran parte del desarrollo de las ciencias sociales en México. Indudablemente, existe una gran riqueza en muchos trabajos que han examinado las características de estos grupos sociales, su distribución y recursos para reproducirse; no obstante, los análisis que dan cuenta del proceso de constitución de zonas de pobreza urbanas son escasos o el tema ha sido examinado tangencialmente. Esto nos indica que es un tópico que requiere acercamientos adicionales que permitan profundizar los diversos contextos que hay en el país. En esta trama, el objetivo del ensayo es examinar el trayecto que se siguió en la constitución de zonas de pobreza urbana en Monterrey, Nuevo León, México, buscando contribuir a la sistematización y organización del conocimiento relacionado con el tema de la pobreza y, además, proporcionar pistas que permitan una mejor comprensión de los elementos subyacentes a este proceso.

En este ensayo se utilizaron fuentes oficiales del gobierno mexicano, así como documentos académicos sobre el tema. El trabajo consta de cuatro partes. En la primera se aborda de una manera contextual el proceso de la pobreza urbana. Aquí se afirma que ésta implica un proceso particular que fue examinado de manera más sistemática desde el siglo XIX, y el cual se ha vinculado con los cambios significativos relacionados con la diversificación de las ciudades, su producción, los servicios y el mercado, situación que se ha prolongado hasta la actualidad. En la segunda parte se describe cómo los procesos de urbanización estuvieron vinculados, en gran medida, con la migración derivada de dinámicas regionales desiguales. A partir de este marco analítico, las ciencias sociales asumieron que las ciudades estaban constituidas por personas en un espacio social complejo, heterogéneo y con organiza-

ciones “estables” de elementos no coyunturales, sino correspondientes con la lógica de la formación social en la que están insertas. De aquí entonces resulta que las ciudades que recibieron enormes flujos de población migrante se caracterizarán por la presencia de individuos provenientes de ámbitos de socialización diferentes que se insertaron desventajosamente en los procesos de urbanización. La tercera parte toca el tema de la pobreza en las ciudades mexicanas. Aquí, sin redundar en la información y el análisis anteriormente realizados, se describe la intensificación del proceso de crecimiento demográfico en el país, en donde la población se consolidó como urbana. Luego, en la cuarta parte, se examina un caso con la finalidad de ilustrar el proceso de constitución de zonas de pobreza en las ciudades. Desde un enfoque histórico se relata la manera cómo se produjo el proceso de urbanización del área metropolitana de Monterrey (AMM) basado en la industrialización, y más tarde en una diversificación económica que produjo el desarrollo de zonas de pobreza. Por último, en las conclusiones se destaca la especificidad del caso regiomonetano, en donde una parte de la población nativa, la migrante y el desarrollo de la pobreza se relacionaron inicialmente, con un acceso limitado al empleo en un proceso industrial en crecimiento, ubicándose en los puestos más bajos del sector servicios. En tales condiciones, esta población se insertó desventajosamente en los procesos de urbanización y en un capitalismo en consolidación. Asimismo se destaca la transformación económica de Monterrey, pero también la persistencia de una gran población en pobreza, caracterizada ya no por la población migrante, sino más bien por condiciones relacionadas con el empleo, menores remuneraciones reales de los trabajadores y, en algunos casos, por mayor oferta laboral pero con bajo salario y la pérdida del poder adquisitivo.

El proceso de la pobreza urbana

Actualmente, al hablar de pobreza urbana se acepta que este concepto tiene diferentes acepciones en función de las sociedades donde se presenta. De cierta manera, la pobreza urbana implica un proceso particular en el cual hay un desarrollo sucesivo, además de cambios graduales en actividades y eventos. Entre ellos, unos son coordinados u organizados y se presentan alternativa o simultáneamente. Así, el término tiene diferentes significados de acuerdo al contexto en donde se utilice¹, involucrando en sus diferentes manifestaciones rasgos específicos relacionados con los recursos físicos, tecnológicos, económicos y humanos.

¹ *Ha habido innumerables concepciones de la pobreza, dependiendo del interés de investigación, lo cual motivó un problema de consenso por la adopción de una definición. Julio Boltnvik (1994: 4) dice al respecto que “finalmente... la definición y medición de la pobreza depende de los objetivos que se persigan con su estudio”. En este sentido, el concepto no es unívoco, sino que adquiere un significado en contextos específicos.*

En este marco, antes de abordar el tema de la pobreza urbana, es pertinente ubicar dicho término en el contexto de los estudios sobre la ciudad y de los fenómenos urbanos. El interés por estos temas tiene un largo historial, emprendido de manera sistemática desde el siglo XIX, y se ha vinculado con algunos periodos del desarrollo de la sociología (Anderson, N., 1985; Castells, M., 1971; Donoso, R., 1993; Lezama, J., 1993), la antropología (Hannertz, U., 1986) y el urbanismo (Bardet, G., 1945). Por supuesto, el abordaje de estos temas tuvo etapas de intensidad variable (Castells, M., 1971) y el uso de paradigmas científicos a la manera de Thomas S. Kuhn (1985). No obstante esta inconstancia, la producción teórica ha sido fructífera y ha aportado elementos que ayudan enormemente a la comprensión de los grupos sociales que integran la dinámica urbana.

Los procesos urbanos no son nuevos, y no obstante su antigüedad, fue sin duda con el desarrollo industrial como se observó su extensión y complejización. Así, la Revolución Industrial no sólo hizo emerger una ciudad territorialmente distinta y más densa, sino también socialmente diferente (Lezama, J., 1993). Fue a partir de estos procesos que las ciudades presentan cambios significativos, incluyendo la aceleración de su apertura, el desarrollo de los sistemas de comunicación, la urbanización creciente, su diversificación en la producción, los servicios y el mercado, elementos que se han prolongado hasta la actualidad. En dicho transcurso, la transformación adquirió nuevos sentidos que sensibilizaron a los investigadores en aras de su comprensión. Además se renovó el interés por comprender las ciudades, situación que ha venido recibiendo una atención sostenida desde la segunda guerra². De este modo, es importante reconocer que las ciencias sociales aportan contribuciones significativas, si bien las adquisiciones teóricas todavía están en discusión y el trabajo de clasificación y síntesis teórica está en vías de realizarse.

Mucho tiempo ha transcurrido desde que ocurrieron los primeros estudios sistemáticos sobre la ciudad y sus procesos sociales. En este camino, los procesos migratorios rurales-urbanos y aquellos vinculados con la formación de áreas en pobreza citadina han sido temas recurrentes en la teoría social. Muchos trabajos fueron elaborados en Europa, describiendo el paso de sociedades rurales a las áreas urbanas. Ése también fue el caso de los Estados Unidos, en donde los trabajos pioneros destacaron tales fenómenos sociales (Lezama, J., 1993).

² A partir de los años cincuenta, la United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization (Unesco) inició seminarios mundiales sobre la urbanización (Anderson, N., 1965).

Ciudades, migración y pobreza

En general, la pobreza en las ciudades se vincula con población nativa que no ha accedido a oportunidades de desarrollo, aunque también se relaciona con los procesos migratorios derivados de dinámicas regionales desiguales. Este hecho, aparentemente simple, no estuvo exento de fenómenos paralelos que acompañaron a los movimientos migratorios donde la gente se involucró en el trabajo, creando, compitiendo y buscando nuevas habilidades para adquirir ventajas, así como también una adaptación a los nuevos procesos laborales ciudadanos (Anderson, N., 1985). A grandes rasgos: la concentración de la población en las ciudades tuvo un carácter económico, pero también estuvo matizada por dimensiones políticas y culturales (Donoso, R., 1993; Izcara, S., 2009). Como consecuencia, los procesos migratorios en América Latina dieron pie a una reflexión sociológica que abordó aspectos de la construcción de las ciudades a partir de procesos de intensa urbanización. Bajo este marco, muchos estudios concluyeron que la urbanización ocurrió de manera desordenada y sin correlación con la oferta de trabajo, dando por resultado el aumento de la población, una insuficiencia de la ocupación, así como el incremento de áreas de pobreza. Tal situación, que consolidó profundas diferencias sociales, fue interpretada como una modalidad asincrónica del desarrollo en latinoamericano (Lezama, J., 1993).

Ello muestra que a mediados del siglo pasado la industrialización en América Latina no se había consolidado autónomamente tal y como se había propuesto años antes. La aspiración al desarrollo se convirtió en subdesarrollo y las desigualdades se acentuaron entre una clase dominante aliada y un mayor número de pobres. Tal condición fue relacionada con la noción de marginalidad (Lezama, J., 1993), implícita en los análisis de la migración abordados por la teoría de la dependencia, el estructuralismo y el crecimiento industrial capitalista (Arizpe, L., 1979, citado por Ruiz, B., 2004). En este marco analítico se aceptó que los procesos de urbanización en América Latina tuvieron como rasgo esencial una alta concentración espacial con un bajo desarrollo del sector productivo que no permitió a gran parte de la población migrante ser absorbida por la economía (Castells, M., 1971).

En estas circunstancias, como ya se mencionó, el concepto de marginalidad permeó y fue central en las ciencias sociales, sobre todo en la teoría de la dependencia. Para esta corriente, la urbanización dependiente resultó de la articulación con la metrópoli, y en ésta el rasgo fundamental fue una urbanización acelerada, ligada a la incapacidad de la estructura socioeconómica para ofrecer empleo y servicios a los nuevos habitantes, que fueron marginados de la producción, el consumo y de la toma de decisiones políticas (Benholdt-Thomsen, 1981, citado por Lezama, J., 1993).

Además de los aportes del enfoque de la marginalidad hubo críticas interesantes que sistematizaron las contribuciones anteriores, entre ellas la de Singer (1973, citado por Lezama, J., 1993), quien afirmó que en el proceso de urbanización influyeron el bajo desarrollo de las fuerzas productivas, el crecimiento demográfico y los factores determinantes de la migración rural hacia las zonas urbanas. En todo caso, es necesario destacar que lo distintivo de los enfoques latinoamericanos en torno a estos procesos no fue únicamente subrayar como elementos distintivos la pobreza y marginalidad, sino también la dimensión del fenómeno y el sostener que éste se halla inserto en la reproducción social de una manera estructural y no coyuntural (Lezama, J., 1993).

Por lo anterior es posible mencionar que la importancia del conocimiento de estos procesos no sólo reside en la consideración de la migración y el crecimiento demográfico interno de las ciudades, sino en aprehender el contexto y dinámica social de los individuos que en ellas residen. De una manera resumida: es posible aglutinar algunos elementos inherentes a la dinámica social de la ciudad que modelan e influyen el comportamiento de las personas. Sin la intención de ser exhaustivos, se trata de un proceso que forma parte de un espacio social complejo, multifuncional y heterogéneo, en donde se observa un desarrollo acelerado de la comunicación y la tecnología; la presencia de estructuras sociales de dominios múltiples; una forma particular de las relaciones sociales, en donde la asociación tradicional se debilita, con un aumento de la interdependencia, en la cual el individuo tiene muy poca influencia.

La ciudad también se caracteriza por un estado de ánimo, un cuerpo de hábitos y tradiciones, de sentimientos y actitudes inherentes a esos hábitos, transmitidos por la tradición, situación que constituye la traducción cultural de la industrialización capitalista, de la economía de mercado y de la racionalización. De esta manera, los conjuntos urbanos están determinados por procesos de producción, consumo e intercambio, que a su vez están interrelacionados por la gestión o proceso político y por los intercambios que se efectúan con el exterior del sistema, todo ello mediado por la economía monetaria. Es en dicho marco donde la ciudad se convierte en escenario para la acumulación capitalista, ya no como producto sino como productora de elementos que no son coyunturales, sino más bien correspondientes con la lógica de la formación social en la que están insertos. Conocer la ciudad es un elemento imprescindible para tratar de comprender la inserción de nuevos grupos sociales al conglomerado urbano.

De una manera general, las características de las ciudades a las que emigraron grandes conglomerados de población explican por qué los individuos provenientes de ámbitos diferentes se insertaron desventajosamente en los procesos de urbanización. Es claro que las habilidades y los rasgos sociales de la población migrante, proveniente de sectores rurales con un desarrollo

más bajo del capitalismo, fueron un freno para adaptarse a la complejidad del proceso de urbanización (Donoso, R., 1993). En tal situación, la adaptación estuvo matizada por factores individuales, pero también e indudablemente por las características del área receptora (Anderson, N., 1985). Por consiguiente, muchos individuos lograron cierta movilidad ocupacional que en ocasiones se presentó en generaciones posteriores, pero otros no la lograron o accedieron a ella de manera limitada.

La pobreza en las ciudades mexicanas

Los estudios sobre pobreza urbana en México se caracterizan por periodos variables en su producción teórica. El interés de estos estudios se relaciona con los movimientos migratorios que se aceleraron desde la década de los cuarenta y se presentaron con mayor intensidad durante los años sesenta del siglo XX, cuando la industrialización con sustitución de importaciones (ISI) llegó a su fin sin dar los resultados esperados.

En el trayecto del último siglo se distinguen tres etapas demográficas vinculadas al proceso de urbanización: de 1900 a 1940, con hegemonía rural y crecimiento urbano lento; de 1940 a 1980, de tránsito al predominio urbano con altos niveles de concentración; y de 1980 a la actualidad, de crecimiento urbano moderado y diversificado. En este periodo es posible observar la multiplicación por siete de la población total, en tanto que la urbana lo hizo 44 veces y el número de ciudades se incrementó 11 veces (Anzaldo, C. y E. Barrón, 2009).

En este amplio periodo, una etapa importante vinculada con el proceso de la pobreza urbana fue la de 1940-1980. Aquí la migración fue paralela al proceso de industrialización en las urbes, que posteriormente se atenúa como resultado de la disminución del poder de atracción de las grandes ciudades frente a la creciente importancia de otras ciudades más pequeñas como destino de la migración. Después de ese periodo, la población aumentó de 66 a 103 millones de habitantes, de 1980 a 2005, en tanto que los urbanitas pasaron de 54 a 65 por ciento de la población total durante el mismo periodo (Anzaldo, C. y E. Barrón, 2009). En estos últimos, el incremento se vio influido por la migración, pero también por el crecimiento interno natural de las ciudades.

En esta transformación, desde la década de los cuarenta la sociedad mexicana enfrentó cambios sociales y económicos sin precedentes, así como un desarrollo que no ha tenido el mismo impacto en todos los grupos sociales. El cambio político interno y la situación internacional motivada por la segunda guerra favorecieron una intervención creciente del Estado en la economía y un impulso en la industrialización que, concomitantemente con otros cambios económicos, produjeron una expansión del mercado interno. No obstante, esta transformación sólo fue realidad para las grandes ciudades: la industrialización

fue incapaz de reducir las diferencias socioeconómicas que existían en los medios urbanos y los rurales. Así, el sector agrícola, que hasta ese momento ocupaba la mayoría de la población económicamente activa, cedió su lugar a los sectores de la industria y de los servicios. Por tales razones, la pobreza tuvo una fuerte incidencia en el sector rural, aunque también su manifestación fue eminentemente urbana. Desde la primera mitad de los ochenta, casi la totalidad de la población pobre se concentró en las áreas urbanas del país. En 1984 había aproximadamente 15 millones de individuos en pobreza extrema, y a finales de la década el número aumentó a 18 millones, de los cuales 70 por ciento estaba en el medio rural. Esta cifra aumentó a 26 millones de personas en 1998. Durante el año 2000 se hablaba ya de 40 millones de pobres en el país. Más tarde, de un total aproximado de 106 millones de habitantes, 32.1 millones vivían en pobreza multidimensional en el sector urbano (Instituto Nacional de Estadística y Geografía, 2008). Tales cifras, según se afirmó, están relacionadas con la manera en que se desarrolló la dinámica económica, así como con las políticas sociales.

Sin embargo, lo que es importante retener en estos cambios fue el vínculo del crecimiento económico con el aumento de los pobres urbanos. En tal proceso fue clara la concentración de actividades económicas en la ciudad, traducidas éstas en mejores oportunidades de empleo, educación y condiciones materiales de vida, lo que incentivó la migración rural. Esto dio como resultado también un escenario de heterogeneidad social, convergencia de culturas y diferentes capacidades para el trabajo, pero también la desigualdad y la pobreza para muchos de sus habitantes, instalados en asentamientos irregulares (Ramírez, J. y P. Safa, 2009).

En dicho contexto, las ciudades mexicanas no fueron jamás equitativas. Más bien asistimos a su fragmentación debido a la pobreza y la distribución desigual de bienes y servicios. Tal situación se agudizó en los años ochenta, al consolidarse el liberalismo económico, acentuándose la estela de pobreza que ha marcado un proceso de desarrollo urbano desigual e inequitativo (Garza, G., 2010).

La constitución de zonas en pobreza en Monterrey: del capitalismo comercial a la globalización

El proceso de urbanización vinculado a la pobreza caracteriza también a Nuevo León. En dicho estado, el proceso de desarrollo económico se expandió sobre la base del capital comercial acumulado en la segunda mitad del siglo XIX (Vellinga, M., 1988). Posteriormente, el crecimiento económico se debió al incremento de la industria pesada en el sector metalúrgico, orientada a la exportación a los Estados Unidos y después hacia el mercado nacional. Más tarde aparecieron empresas ligadas al consumo liviano interno vinculadas con

la ISI desde 1940 (Balán, J., H, Browning y E. Jelin, 1977). Esta industrialización tuvo un rápido crecimiento hasta principios de los ochenta, cuando el proceso fue dominado por la instalación de grandes plantas, presentándose posteriormente un desarrollo gradual del sector servicios.

En este contexto, desde los años ochenta el AMM ya concentraba más de 95 por ciento de la producción industrial, del empleo, del capital, de los servicios asistenciales, del transporte, de la educación y recreación de la entidad (García, R., 1988). De esta manera, en Monterrey la urbanización fue rápida y a tal grado que alrededor de 90 por ciento de la población vivía en la zona metropolitana desde 1990. En ello influyeron las condiciones económicas, determinantes para que se observara un incremento de la población atraída por la posibilidad de trabajo. Así, la ciudad mostró una diversificación económica, el crecimiento del sector terciario y una mayor dinámica de producción capitalista (Pozas, M., 1990; Solís, P., 2007). A estos cambios habrían de sumarse la expansión urbana, la 'metropolización', el crecimiento de los servicios y la diversificación de la vida social y cultural (Solís, P., 2007).

El periodo ISI 1940-1980: migración y urbanización

La descripción de la transformación de Monterrey durante este periodo implica retomar la rica información académica procesada desde el último cuarto del siglo XX a la fecha³. Dicha etapa se caracterizó por profundas transformaciones económicas, sociales y demográficas que dieron lugar a un crecimiento económico significativo e industrialización basados en la ISI. Sin duda, la transformación económica-social de Monterrey no se produjo súbitamente, sino que fue producto del contexto histórico, en donde se dieron fuertes apoyos a la industria del hierro y el acero; la construcción de carreteras impulsada por el gobierno del presidente Miguel Alemán; el desarrollo del corredor comercial Laredo-México, resultado del aumento de contactos con Estados Unidos; la exportación de algodón hacia este último país durante los años cincuenta; las prerrogativas de la industrialización con la importación de gas de Texas; y la inversión norteamericana, entre otros factores (Balán, J., H, Browning y E. Jelin, 1977).

Un hecho citado con frecuencia es el desencadenamiento de la segunda guerra, durante la cual hubo una demanda de insumos industriales que incentivaron tanto a México como a Monterrey para el desarrollo de la siderurgia y el crecimiento de su planta industrial (García, R., 1988). Durante los años cuarenta, la sustitución de los insumos industriales fue parte de la estrategia

³ Véanse los trabajos de Jorge Balán, Harley L. Browning y Elizabeth Jelin, 1977; Mario Cerutti, 1988; Roberto García, 1988; Víctor Zúñiga, 1990; María de los Ángeles Pozas, 1990; y Patricio Solís, 2007, entre otros.

de desarrollo seguida por el gobierno mexicano, y en este impulso Monterrey, con una base industrial ya establecida, se insertó fácilmente en dicho desarrollo (Vellinga, M., 1988). A partir de la segunda guerra, la metalurgia fue el sector más importante en la economía de Monterrey. Así, la industrialización se realizó con un crecimiento prolongado hasta los años ochenta. En ésta el desarrollo de grandes plantas desde los años sesenta fue visible con un cambio continuo hacia ramas modernas para la producción de bienes de capital y una acentuación de la tendencia hacia la concentración y centralización de la riqueza (Vellinga, M., 1988).

Después de los cuarenta, Monterrey mostró un crecimiento económico importante, situación sostenida hasta fines de los setenta. En este proceso indudablemente influyó la implantación en México de la ISI, cuando se incentivó la industrialización restringiendo la importación, otorgando privilegios fiscales, crédito y la creación de empresas paraestatales. Aunado a ello no fue menos importante la experiencia industrial del empresariado regiomontano y la capacidad industrial instalada en la ciudad (Solís, P., 2007). Estas circunstancias, tal y como lo señala Patricio Solís, no hubieran sido posibles sin la estabilidad política del país, la hegemonía de un Estado central, un mercado interno en crecimiento y una concentración de la propiedad empresarial en pocas familias (Cerutti, M., 1988). En esta etapa se dieron grandes cambios demográficos y sociales, además de una expansión de la ciudad. Así, la población pasó de 190 mil habitantes en 1940 a 1.99 millones en 1980, con una incorporación progresiva de municipios aledaños. Patricio Solís (2007: 62) señala: “En 1965, 70 por ciento de los habitantes del sexo masculino entre 21 y 60 años eran inmigrantes; en este grupo, 63 por ciento provenían de localidades con menos de 5,000 habitantes, un claro indicador del predominio de la migración rural a la ciudad”⁴.

En este sentido, la consideración de que el flujo de migrantes entre 1960 y 1975 estuvo en la base del proceso de urbanización debe matizarse, asumiendo que en esa época hubo una relación entre la explosión demográfica —disminución de las tasas de mortalidad sin reducción en las de fecundidad (Pozas, M., 1990)—, el deterioro de las condiciones del sector rural y la migración (Arizpe, L., 1985). Pero además es importante considerar que el flujo migratorio dejó de ser selectivo para producirse masivamente, con la consecuencia de ruralizar a las urbes. Esto ocasionó problemas por la falta de vivienda y de servicios públicos, así como también la proliferación de zonas de pobreza (Pozas, M., 1990; Zúñiga, V., 1990; Solís, P., 2007). “A partir de 1960,

⁴ Durante 1978, había en Monterrey “201,395 familias de la cuales sólo el 32 por ciento de sus jefes de familia habían nacido en el área metropolitana, el resto provenían del propio estado de Nuevo León (16.04 %), de San Luis Potosí (13.0 %), de Coahuila (5.6 %) de Tamaulipas (5.6 %) y de otros estados del país (18.7 %)” (Pozas, M., 1990: 10).

se crea el 'barrio marginado', con la llegada de migrantes rurales, esto transformó la fisonomía urbana y la relación de fuerzas que controlaban la tierra urbana, provocando una nueva definición del trabajo urbano" (Zúñiga, V., 1990, p. 12). En términos generales, es posible afirmar, siguiendo a este último autor, que la ruralización produjo cambios en el nivel espacial con la creación de barrios irregulares sin servicios urbanos; cambios en el ámbito político, cuando los nuevos pobladores crearon sus propias organizaciones relativamente autónomas de las instituciones estatales; y a nivel económico, con la aparición de la informalidad con rasgos de gran dinamismo. También María de los Ángeles Pozas (1990) avala esta posición, agregando que la población inmigrada ha oscilado entre 25 y 30 por ciento desde 1940, situación que motivó durante los cincuenta la metropolización, la concentración poblacional y la segregación espacial, caracterizada por altos contrastes entre las zonas privilegiadas y la periferia.

La década de los sesenta mostró un Monterrey en pleno crecimiento. Este fenómeno, vinculado con la situación nacional, hizo pensar que el mejoramiento de las oportunidades económicas, sociales y educacionales permitiría al país colocarse en escenarios de igualdad y de justicia social. La situación en realidad no se justificaba. Leopoldo Solís Manjarrez (1970: 230, citado por Vellinga, M., 1988: 29) afirma que el auge fue nulificado por incrementos altos en la población —3.4 a 3.6 por ciento—. Además, la agricultura y la minería declinaron en su contribución al PNB⁵, al igual que los alimentos y textiles; y los sectores más antiguos se estancaron por el tamaño del mercado interno, que a su vez dependía de la distribución existente del ingreso y la riqueza (Vellinga, M., 1988). En este marco, la industrialización y otras áreas relacionadas no lograron generar el empleo suficiente, afectando a 40 por ciento de la fuerza de trabajo. Más aún, Jorge Balán, Harley L. Browning y Elizabeth Jelin sostienen que: "la gran mayoría de los campesinos ha obtenido pocos beneficios de la industrialización o del desarrollo agrícola. Esta población se combinó con la clase trabajadora marginal del sector urbano, cuyos miembros no han encontrado empleo en las industrias modernas, para formar un bloque que representa más de la mitad de la población" (1977: 40).

Así, el crecimiento económico de Monterrey tuvo consecuencias que reforzaron la desigual distribución de los ingresos por medio de mecanismos sociales o sociopolíticos (Vellinga, M., 1988). Lo que precede seguramente justificó el desarrollo de los asentamientos pobres en Monterrey (Solís, P., 2007). A esto habría que agregar datos de Jorge Balan, Carmen Cinta, Harley L. Browning y Elizabeth Jelin (1977: 62) que reportan a nivel nacional un incremento en la concentración del ingreso entre 1950 y 1963 con un Gini de

⁵ La agricultura bajó de 27.7 por ciento en 1936 a 15.9 por ciento en 1967, y la minería de 6 por ciento en 1936 a 1.5 por ciento en 1967 (Vellinga, M., 1988).

50 a 55. Puente (1969, citado por Vellinga, M., 1988: 35) igualmente encontró que en 1965, 5 por ciento de las familias más ricas de Monterrey recibió 32 por ciento del ingreso total, mientras que 5 por ciento del sector más pobre sólo consiguió 0.63 por ciento.

La reconfiguración 1980-2000: crisis y restructuración de la economía

Entre 1980 y el año 2000 hubo cambios importantes en Monterrey. Primero, porque en el decenio de los ochenta se vivió una crisis económica que muchos autores designaron como “la década perdida”. Segundo, porque después de ese periodo la transformación se orientó hacia la apertura y la liberalización económica en un contexto de moderado crecimiento, complicado por la crisis económica de fines de 1994. En este lapso la población creció, pero a un ritmo inferior al de la década anterior, aunque en números absolutos pasó de 1.99 millones en 1980 a 3.24 millones en 2000; asimismo, fue posible observar la apertura de nuevos canales de diferenciación en el acceso a productos, servicios y bienes culturales, lo que pudo contribuir también a transformar el contexto de la estratificación social (Solís, P., 2007).

Durante los ochenta, en el proceso de metropolización de Monterrey se observó una concentración poblacional en todo el estado: en 1987 el número de personas se estimaba en 3 millones de habitantes, de los cuales 2.7 millones habitaban el AMM (Pozas, M., 1990). Igualmente, continuó el proceso migratorio con un claro predominio de la migración rural a la ciudad, a pesar de que a fines de los años sesenta la asimilación de los inmigrantes había comenzado a dificultarse debido a su elevado número y también a la carencia de la infraestructura necesaria para recibirlos y proveerlos de vivienda y servicios públicos adecuados. Esto fue similar a otras ciudades de América Latina, donde también proliferaron los barrios marginales (Solís, P., 2007).

Jorge Balán, Harley L. Browning y Elizabeth Jelin (1977) fueron ciertos acerca de los cambios socioeconómicos de Monterrey, cuando creyeron que la movilidad social ascendente continuaría, aunque en menor escala, debido a la incapacidad de la industria para absorber toda la mano de obra; pero también porque creyeron que el sector de servicios proporcionaría empleo. Además, previeron un mayor énfasis en la educación, paralela al aumento de la complejidad económica, y un mayor nivel de desarrollo tecnológico y administrativo. Más aún: fueron certeros al prever que los sectores marginales continuarían existiendo en grandes proporciones (Vellinga, M., 1988).

Así, durante los años ochenta continuaron observándose grandes conglomerados de pobreza habitados principalmente por migrantes rurales, establecidos paulatinamente en el mercado de trabajo de Monterrey. Ellos cons-

truyeron sus viviendas con materiales elementales y sin acceso a servicios públicos de agua potable, sistemas de drenaje y pavimentación, pero con una mejora progresiva en las condiciones de vida a lo largo del tiempo, por medio de la organización vecinal y, en muchas ocasiones, con la intermediación de organizaciones corporativas vinculadas frecuentemente al Partido Revolucionario Institucional (PRI) (Solís, P., 2007). En estas condiciones, la expansión de la ciudad motivó una segregación socioespacial, produciendo altos contrastes entre las zonas privilegiadas y los poblamientos periféricos (Pozas, M., 1990).

De igual manera, a partir de los años ochenta, México observó un cambio significativo en el terreno económico y social. En cierto modo, la crisis de la deuda a principios de la década marcó profundamente la vida social del país. De manera resumida, puede afirmarse que esta crisis afectó a las grandes empresas de Monterrey y a los trabajadores de la ciudad, quienes contrajeron todas sus actividades; no obstante, tal situación fue revertida cuando las empresas, durante la segunda mitad de los años ochenta y en los noventa, desarrollaron estrategias para adaptarse a las nuevas circunstancias económicas, derivadas del ajuste estructural y la liberalización económica (Solís, P., 2007). Los datos aportados por Patricio Solís muestran que un cambio significativo en las últimas décadas del siglo se presentó en el tamaño de las empresas y en las condiciones laborales. En 1966, las actividades manufactureras ocupaban 40.9 por ciento de la fuerza de trabajo; 25.1 por ciento en los servicios y 17.3 por ciento en el comercio. Después, en 1978, los servicios aumentaron a 31.7 por ciento, aunque la industria mantuvo su importancia. Más tarde, la tendencia en el crecimiento de los servicios siguió, pues pasaron a 36.6 por ciento en 1983, en tanto que la manufactura decreció hasta 31.1 por ciento. Esta información motivó a Patricio Solís a afirmar que la crisis económica tuvo un efecto en la transferencia de empleo del sector manufacturero al de servicios, dado que la tendencia se prolongó cuando, en 1987, la manufactura se redujo a 27.3 por ciento, 18.8 por ciento en el comercio y 39 por ciento en los servicios. Así, en este lapso la composición sectorial del mercado de trabajo cambió sustancialmente: la manufactura perdió importancia en tanto que los servicios y el comercio ocuparon su lugar.

Hasta mediados de los años noventa continuó el descenso de la manufactura —24.4 por ciento—, aunque ésta aumentó para el año 2000 a 29.9 por ciento. Simultáneamente, hubo un crecimiento del comercio a 22.5 por ciento y los servicios siguieron manteniendo su primacía con 34.9 por ciento. Estos datos dan cuenta de una terciarización del empleo debido a la importancia que adquirió el sector servicios. Aunque también es necesario agregar que en el crecimiento del empleo terciario se presentó una reducción en la proporción de trabajadores de baja calificación dentro de los servicios, que decreció de 16.2 por ciento en 1987 a 12.4 por ciento en 2000 (Solís, P., 2007).

A este incremento del comercio y de los servicios se sumó el aumento en los servicios de salud para atender la demanda no sólo local sino también del noreste del México, así como las actividades de comercio con la creación de nuevas plazas comerciales. No menos importante fue el cambio que se presentó en la educación. Patricio Solís aporta datos en donde se contrasta la situación de 1970 y 2000 de la población regiomontana entre los 25 y 49 años de edad. En ese periodo, los hombres —10 por ciento— y las mujeres —17 por ciento— que no habían asistido a la escuela, para 2000 se redujeron a 1 y 2 por ciento, respectivamente. Mientras aquellos con estudios de preparatoria y nivel profesional aumentaron de 15 a 49 por ciento y de 7 a 45 por ciento, respectivamente. A esto contribuyó, según el mencionado autor, la ampliación de la cobertura educativa media y básica, además de la ampliación de la oferta pública y privada en la educación superior. Habría que añadir la disminución de la inmigración rural que impactó positivamente en el promedio educativo poblacional.

Todo esto muestra los cambios sustanciales en Monterrey entre los años 1980 y 2000, que la impactaron estructuralmente haciéndola más compleja, más diversificada y concentrada económicamente en un pequeño grupo de consorcios, además del surgimiento de nuevos retos urbanos. Ello fue visible en los cambios espaciales, el aumento demográfico, comercial y de servicios, además de las actividades culturales y de entretenimiento. En general, Monterrey no sólo afrontó la crisis económica a principios de los ochenta, sino también una reestructuración económica y social que no repercutió de igual manera en todos los grupos sociales. Aquí fueron notables los problemas sociales y su creciente complejidad en las colonias menos favorecidas. Tal situación fue clara en la insuficiencia de oportunidades educativas y de empleo, tanto para jóvenes como para adultos, además de la fricción de valores y actitudes entre los adultos y jóvenes inmigrantes rurales (Solís, P., 2007). A pesar de que la transformación permitió una cierta movilidad social, de la cual se beneficiaron algunos grupos sociales, también se generó un proceso de desigualdad que aún caracteriza a Monterrey.

Una continuidad inconclusa: la consolidación del sector servicios 2000-2010

La anterior descripción acerca de la transformación de Monterrey muestra una situación general de progreso comparada con el resto del país. Según los últimos datos disponibles, Monterrey hoy proyecta una vocación económica orientada hacia la terciarización, una consolidación demográfica y urbanística con 3.6 millones de habitantes, pero también una concentración de la población estatal —85 por ciento— (Rodríguez, H. y M. Kinto, 2010a) y de sus actividades productivas —87 por ciento del PIB de la entidad— en una superficie de más 60 mil hectáreas. Estos datos reflejan un cambio sustancial en cuanto a la

densidad bruta, que disminuyó de 1980 a 2005, de 73 a 59 habitantes por hectárea (García, R., 2009). La Secretaría de Desarrollo Social federal contabiliza 11 municipios en el AMM (Baby-Collin, V., 2010), en los cuales la dinámica poblacional refleja una urbanización acentuada hacia la periferia y un progresivo abandono del municipio de Monterrey como centro de la metrópoli (Rodríguez, H. y M. Kinto, 2010a). Esto último coincide con un señalamiento de Roberto García Ortega (2009), quien indica que en Monterrey siguen agudizándose los procesos de suburbanización y desurbanización desde 1980 hasta la actualidad. En el primero caso se observa un crecimiento periférico, horizontal y desordenado en todas direcciones; en tanto que en el segundo, el centro metropolitano se debilita y se desertifica.

En los últimos años la vocación económica cambió radicalmente. En dicha transformación, el gobierno estatal amortiguó los efectos sociales negativos derivados de los periodos en los que Monterrey vivió crisis económicas. Así se incentivaron nuevas actividades económicas, nuevas tecnologías y se impulsaron otras dinámicas de desarrollo económico. Bajo este marco, el gobierno del estado se propuso mantener la competitividad por medio de la actividad industrial tradicional y atraer y retener nuevas empresas (García, R., 2009). De esta manera, las actividades se renovaron, apareciendo formas inéditas de regulación socioeconómica que se organizan en el mismo territorio. En esta transición se pasó de una actividad económica tradicional y extremadamente concentrada, a una internacional caracterizada por la búsqueda de competitividad mundial (Mercier, D., 2010).

Monterrey se ha insertado con mayor amplitud en el proceso de globalización, por lo que se han emprendido grandes proyectos turísticos y de servicios: centros de convenciones y exposiciones, centros internacionales de negocios, hoteles de alto nivel, modernos centros comerciales, servicios hospitalarios especializados, centros educativos con carreras especializadas, entre otros. Por otro lado, en el plano de la competencia internacional Monterrey está construyéndose una imagen de "ciudad del conocimiento" que rompe con su imagen histórica de ciudad de industria pesada (Baby-Collin, V., 2010). En cierta forma, lo que se busca es recrear la ciudad y hacerla atractiva para el capital transnacional (Moreno, R. y C. Contreras, 2010). En este proceso, Monterrey ha consolidado su sector terciario, en el que la participación del comercio y los servicios aumentó a 53.9 por ciento del producto estatal en 2003, así como también la cantidad de población ocupada que representó en ese año 46 por ciento del empleo total.

Para 2005, el sector terciario absorbió más de 80 por ciento de los establecimientos, 94 por ciento del PIB y 88 por ciento del empleo estatal (Vásquez, B., 2009). Esto indica que en los últimos años la situación del empleo tuvo un buen desempeño, de ahí que en los primeros años de la década

de 2000 más de 97 por ciento de la población económicamente activa (PEA) en Monterrey se encontraba ocupada, laborando. Las empresas fueron capaces de absorber el empleo y desincentivaron la proliferación del trabajo ambulante (Vásquez, B., 2009). La transformación de Monterrey se ha reflejado en mayores empleos e ingreso de la población. Según el censo de 2000, hubo una disminución significativa del grado de pobreza en la ciudad con respecto a 1980 y un franco aumento de las clases medias (García, 2009). Roberto García Ortega dice también que ha habido un progreso en las condiciones de vida de la población durante 2005.

No obstante la mejora en el ingreso, la cobertura de servicios básicos y sus avances urbanísticos entre 1980 y 2005, Monterrey manifiesta agudos contrastes socioeconómicos, sobre todo en el tipo y calidad de vivienda, de servicios y de equipamientos, además de una situación de segregación social y geográfica (García, R., 2009), lo que pone en tela de juicio esta inserción “exitosa” en el proceso de globalización mundial, ya que hay pocos beneficios para la población en pobreza. No obstante el éxito de los grupos industriales, su importancia es menor en términos económicos y laborales para el sector terciario, lo que “se ha reflejado no sólo en la menor capacidad de empleo, sino también en menor capacidad para mejorar las remuneraciones reales de los trabajadores” (Vásquez, B., 2009, p. 226). A esto se suma que la segregación social o fragmentación, en términos de Virginie Baby-Collin (2010), es una hipótesis social que tiene que ver con la dualización de las poblaciones metropolitanas —oponiendo los incluidos y privilegiados a los más excluidos— y con la heterogeneización creciente de las formas y modos de vida ciudadanos que dificultan el sentimiento de pertenencia a una misma ciudad y su convivencia.

El hecho de que haya población ocupada en Monterrey no cambia la situación de precariedad laboral ni tampoco su condición de pobre. Según Héctor Rodríguez (2006: 16) fue notable el hecho de que en 2002 “uno de cada diez hogares dentro del AMM se encuentra en una situación tal que el ingreso de todos sus integrantes es insuficiente para cubrir las necesidades alimentarias”. Este autor señala que para ese mismo año, del total de hogares en Monterrey —806 mil— había 98 mil 320 en pobreza alimentaria, 102 mil 813 en pobreza de capacidades y 146 mil 635 en pobreza de patrimonio. Igualmente pasaba con las personas: de un total de 3 millones 336 mil 816, se hallaban en pobreza alimentaria 312 mil 215; en pobreza de capacidades, 333 mil 21; y en pobreza de patrimonio, 520 mil 543. Para el año 2005 “había 356,000 personas que vivían en AGEBS identificados como de alto y muy alto grado de rezago social, de éstas, el municipio de Monterrey concentró 56 por ciento de alto grado de rezago social” (Rodríguez, H. y M. Kinto, 2010b: 60-61).

Lo anterior indica que a pesar de haberse generado mayor ocupación no ha habido mejores condiciones laborales y que, al contrario, prevalecen “ba-

jos salarios, mayor duración de jornadas laborales, reducción o la eliminación de prestaciones regidas por la Ley Federal del Trabajo; en términos generales una tendencia hacia la precariedad en el empleo” (Rodríguez, H. y M. Kinto, 2010b: 346). Estos autores hablan de seis modalidades actuales en la calidad del empleo en Monterrey: la pérdida de empleo asalariado; falta de contratación, contratación parcial o verbal y desregulación o flexibilidad en los contratos; el no acceso a los sistemas de salud; eliminación de la representación sindical; extensas o reducidas jornadas de trabajo; y empleos sin prestaciones sociales. En este contexto es clara la paradoja de mayor oferta laboral, pero con precarización del trabajo. Habría que agregar además la pérdida del poder adquisitivo. Entre 2008 y 2010 se redujo el ingreso real de los hogares en el país, especialmente en las áreas urbanas (Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, 2010a). Esto ha tenido como consecuencia el aumento de la pobreza urbana, que pasó de 39.1 por ciento en 2008, a 40.5 por ciento en el 2010 (Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, 2010b). A esta situación se agrega el caso del ingreso en zonas urbanas, que no ha evolucionado favorablemente, dada una reducción de 7.2 por ciento entre 2008 y 2010 (Centro de Estudios de las Finanzas Públicas, 2011).

La crisis económica de 1995, la desaceleración de inicios del siglo XXI, el incremento en los precios de los alimentos desde finales de 2007 y la crisis financiera internacional de 2009, han hecho que el ingreso real en México prácticamente no crezca en las últimas dos décadas (Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, 2010c). Y es en las zonas urbanas donde más se resiente la falta de empleos y la pérdida del poder adquisitivo de las familias en los últimos años.

Si bien esta ciudad ha tenido avances en los últimos años, una mejoría en el desempeño económico y en la cobertura de servicios básicos en las viviendas, todavía en 2010 persisten la pobreza y la marginalidad, aunque sin la agudeza existente durante la década de los ochenta.

Conclusión

Al contrario de enfoques que explican el desarrollo de la pobreza en los procesos de urbanización en América Latina, el caso de Monterrey es ilustrativo de una situación diferente. En el primer caso, la migración y la pobreza urbana se realizaron sin el desarrollo de la industria tal y como sucedió en algunos países hoy desarrollados; en tanto que en Monterrey la pobreza urbana se relacionó, principalmente en sus primeras etapas, con una migración en donde la mayoría de la población no pudo acceder al empleo en un proceso industrial en crecimiento, ubicándose en los puestos más bajos del sector servicios. Una explicación plausible es que gran número de la población migrante, proveniente de ámbitos de socialización diferentes, se insertó desventajosamente en los

procesos de urbanización, sin posibilidad de adaptarse a las nuevas condiciones del lugar de destino en donde ya había un capitalismo en consolidación. Así, gran parte de esta población rural engrosó las filas de la población pauperizada de Monterrey en sectores de alto y muy alto grado de rezago social, a lo cual debe agregarse que aunque muchos lograron adaptarse y tener acceso a empleos formales calificados, con beneficios sociales y una cierta movilidad social, permanecen aún en situación de desigualdad, tal y como fue descrito por algunos de los autores citados.

Actualmente, Monterrey es una metrópoli que se ha adaptado a los nuevos requerimientos de la mundialización; no obstante, aún mantiene a gran parte de su población en condiciones de pobreza. Esta situación ya no deriva de la población migrante, sino más bien de condiciones relacionadas con la menor capacidad de empleo e insuficiencia para mejorar las remuneraciones reales de los trabajadores —bajos salarios, mayor duración de jornadas laborales, reducción o la eliminación de prestaciones regidas por la Ley Federal del Trabajo—. También es importante mencionar que, en algunos casos, se observa mayor oferta laboral, pero con bajo salario y la pérdida del poder adquisitivo. En este marco es indudable que esta población en pobreza requiere una atención especial para insertarse en las demandas de los nuevos procesos económicos como a los beneficios del bienestar social.

Bibliografía

Anderson, Nels, 1985, *Sociología de la comunidad urbana*, 3 ed., México, Fondo de Cultura Económica.

Anzaldo, Carlos y Eric Alan Barrón, 2009, *La transición urbana de México, 1900-2005*.

Disponible en:

<http://www.conapo.gob.mx/publicaciones/sdm/sdm2009/04.pdf>

(Recuperado el 10/11/2011).

Arizpe, Lourdes, 1985, *Campesinado y migración*, México, Secretaría de Educación Pública.

Baby-Collin, Virginie, 2010, "La metropolización de Monterrey: un enfoque socioespacial", en Lylia Palacios, Camilo Contreras y Víctor Zúñiga (eds.), *Cuando México enfrenta la globalización. Permanencia y cambios en el Área Metropolitana de Monterrey, Monterrey*, Universidad Autónoma de Nuevo León, pp. 19-46.

Balán, Jorge, Harley L. Browning y Elizabeth Jelin, 1977, *El hombre en una sociedad en desarrollo: movilidad geográfica y social en Monterrey*, México, Fondo de Cultura Económica.

Bardet, Gaston, 1945, *L'Urbanisme*, París, Presses universitaires de France.

Boltvinik, Julio, 1994, "Revisión de los métodos existentes para la cuantificación de la pobreza", *Revista Trabajo Social*, enero-marzo, México, pp. 18-24.

Brambila, Carlos, 1985, *Migración y formación familiar en México*, México, El Colegio de México.

Castells, Manuel, 1971, *Problemas de investigación en sociología urbana*, México, Siglo XXI.

Centro de Estudios de las Finanzas Públicas, 2011, LXI Legislatura, Cámara de Diputados, México.

Disponible en:

<http://www.cefp.gob.mx/publicaciones/nota/2011/septiembre/nota-cefp0352011.pdf> (Recuperado el 10/11/2011).

Cerutti, Mario (ed.), 1988, *Monterrey: siete estudios contemporáneos*, Monterrey, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Nuevo León.

Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, 2010a, *Pobreza 2010, porcentaje de la población en pobreza según entidad federativa, 2010. Estados Unidos Mexicanos*, México, Coneval.

Disponible en:

<http://www.coneval.gob.mx/cmsconeval/rw/pages/medicion/index.es.do?jsessioid=9105f14791ec500020ec59168ac6f0c9975606d15eccc36b504ca84f381fab3e.e34QaN4LaxeOa40Nbx10> (Recuperado el 10/11/2011).

Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, 2010b, *Pobreza por ingresos 2010*, Mexico, Coneval.

Disponible en:

http://www.coneval.gob.mx/cmsconeval/rw/pages/medicion/POB_INGRESOS_2010/Pobreza_por_ingresos_2010.es.do (Recuperado el 10/11/2011).

Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, 2010c, *Sólo se reducirá la pobreza si junto con programas y políticas sociales adecuadas, se incrementa el ingreso real de los mexicanos*, México, Coneval.

Disponible en:

http://www.coneval.gob.mx/cmsconeval/rw/pages/medicion/dia_internacional_erradicacion_pobreza.es.do (Recuperado el 10/11/2011).

Consejo Nacional de Población, 1987, *Encuesta Nacional de Migraciones en Áreas Urbanas (ENMAU)*, México, Conapo.

Diario Oficial de la Federación, 2010, *Lineamientos y criterios generales para la definición, identificación y medición de la pobreza*, DOF, 16 de junio.

Donoso, Roberto, 1993, *Antecedentes de la sociología urbana*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.

García Ortega, Roberto, 1988, "El área metropolitana de Monterrey (1930-1984): antecedentes y análisis de su problemática urbana", en Mario Cerutti (ed.), *Monterrey: siete estudios contemporáneos*, Monterrey, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Nuevo León, pp. 95-152.

García Ortega, Roberto, 2009, "Área Metropolitana de Monterrey (1980-2005)", en Roberto García Ortega, Belem Iliana Vásquez, María del Socorro Arsaluz, Alejandro García (eds.), *Monterrey origen y destino*, Monterrey, Municipio de Monterrey, pp. 13-82.

Garza, Gustavo, 2010, *Estado del conocimiento en economía urbana y regional en México*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos Urbanos y Ambientales.

Hannertz, Ulf, 1986, *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología humana*, México, Fondo de Cultura Económica.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía, 2008, *Módulo de Condiciones Socioeconómicas de la ENIGH 2008*.

Disponible en:

www.inegi.org.mx/est/contenidos/.../enigh08_mcs_operativo.pdf

(Recuperado el 10/11/2011).

Izcara, Simón Pedro, 2009, "Esquemas teóricos sobre la etiología de la emigración y el caso de Tamaulipas", *Revista Perspectivas Sociales/Social Perspectives*, vol. 11, núms. 1 y 2, primavera-otoño/spring-fall, pp. 13-40.

Kuhn, Thomas S., 1985, *La estructura de las revoluciones científicas*, 6ª ed., México, Fondo de Cultura Económica.

Lezama, José Luis, 1993, *Teoría social, espacio y ciudad*, México, El Colegio de México.

Mercier, Delphine, 2010, "Transición a los modos productivos en el AMM y su territorialización: el proceso de terciarización de la economía", en Lylia Palacios, Camilo Contreras y Víctor Zúñiga (eds.), *Cuando México enfrenta la globalización. Permanencia y cambios en el Área Metropolitana de Monterrey*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, pp. 311-320.

Moreno, Rebeca y Camilo Contreras, 2010, "La ciudad del conocimiento: entre slogans y realidades", en Lylia Palacios, Camilo Contreras y Víctor Zúñiga (eds.), *Cuando México enfrenta la globalización. Permanencia y cambios en el Área Metropolitana de Monterrey*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, pp. 131-152.

Pozas, María de los Ángeles, 1990, "Los marginados y la ciudad (tierra urbana y vivienda en Monterrey)", en Víctor Zúñiga y Manuel Ribeiro, *La marginación urbana en Monterrey*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, pp. 15-58.

Ramírez, Juan Manuel y Patricia Safa, 2009, "Tendencias y retos recientes en tres metrópolis mexicanas: Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey", *Cuadernos de Antropología Social*, núm. 30, pp. 77-92.

Rodríguez, Héctor, 2006, "Los niveles de pobreza en el área metropolitana de Monterrey, 1987-2002," Cátedra de investigación *Integración Económica y Desarrollo Social en la Frontera Norte*, Monterrey, Escuela de Graduados en Administración Pública y Política Pública del ITESM, Campus Monterrey.

Rodríguez, Héctor y Manuel Kinto, 2010a, "Crecimiento poblacional y calidad de vida en el AMM, 1990-2005", en Lylia Palacios, Camilo Contreras y Víctor Zúñiga (eds.), *Cuando México enfrenta la globalización. Permanencia y cambios en el Área Metropolitana de Monterrey*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, pp. 47-66.

Rodríguez, Héctor y Manuel Kinto, 2010b, "Precariedad laboral en el mercado de trabajo del AMM 1990-2007", en Lylia Palacios, Camilo Contreras y Víctor Zúñiga (eds.), *Cuando México enfrenta la globalización. Permanencia y cambios en el Área Metropolitana de Monterrey*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, pp. 345-372.

Ruiz, Benedicto, 2004, *La pobreza desde la perspectiva de los estudios de migración*, Universidad Iberoamericana Noroeste.

Disponible en:

<http://www.tij.uia.mx/elbordo/vol01/index.htm>

Solís, Patricio 2007, *Inequidad y movilidad social en Monterrey*, México, El Colegio de México.

Vásquez, Belem Iliana, 2009, "Historia económica de Monterrey: de la ciudad industrial a la ciudad de los servicios (1980-2005)", en Roberto García Ortega, Belem Iliana Vásquez, María del Socorro Arzaluz, Alejandro García (eds.), *Monterrey origen y destino*, Monterrey, Municipio de Monterrey, pp. 219-237.

Vellinga, Menno, 1988, "La dinámica del desarrollo capitalista periférico: crecimiento económico y distribución del ingreso en Monterrey", en Mario Cerutti (ed.), *Monterrey: siete estudios contemporáneos*, Monterrey, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Nuevo León, pp. 21-54.

Zúñiga, Víctor, 1990, "Marginación, educación escolar y movilidad intergeneracional", en Víctor Zúñiga, y Manuel Ribeiro (eds.), *La marginación urbana en Monterrey*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, pp. 103-144.